

Esta ausencia de ironía hace incurrir al gran poeta en grandes flaquezas, de las que no es la menor ese pavor mezclado de adoración que el universo le inspira, y que se nos antoja a nosotros tan anticientífico. En efecto, ninguno de los que hicimos honrosamente nuestro examen de «Introducción a los tres Reinos», imaginaría jamás que en las fibras de la ortiga, con tanto horror y grandeza apostrofada por Hugo en las *Contemplaciones*, se revuelve presa y para siempre erizada de cólera el alma negra de Judas. Nosotros infinitamente más instruidos, conocemos la honesta naturaleza de la ortiga, gracias a Dios, y estamos al cabo de que Judas fué acaso solamente un patriota exaltado y poco sufrido. Si encontramos a nuestros pies una piedra, no la interpelamos, temblorosos de emoción, en violentas estrofas, esperando que una voz en su interior responda revelando el misterio inefable: hombres prácticos, utilizamos las piedras para levantar más nuestro muro o apedrear mejor a nuestro semejante. Pero un espíritu poético que, en perpetuo arranque, quiere pene-